

# DE LA HISTORIA A LAS HISTORIAS: SOBRE UN POSIBLE DEBATE ENTRE KOSELLECK Y WHITE\*

VICENTE RAGA ROSALENY 

## RESUMEN

*La historia como disciplina autónoma ha tenido siempre pretensiones de alcanzar una “objetividad” semejante a la de las “ciencias naturales”, alejándose de la carga retórica de otros ámbitos, supuestamente más “subjetivos”, como el de la literatura. Una de las propuestas más rigurosas en este sentido es la de la “historia conceptual” de Reinhart Koselleck. En este artículo exploramos sus raíces nietzscheanas y los retos que puede plantearle otro autor deudor de Nietzsche como Hayden White.*

## **Palabras clave**

*Historia, concepto, retórica, Nietzsche*

## ABSTRAC

*History as an autonomous discipline has always had pretensions to reach a similar “objectivity” as “natural sciences”, moving away from the rhetorical load of other fields, apparently more “subjective” as Literature. One of the most rigorous proposals in this sense is “Conceptual History” from Reinhart Koselleck. In this article we explore his Nietzschean roots and the challenge that other Nietzschean author can raise, Hayden White.*

## **Key words**

History, Concept, Rhetoric, Nietzsche

---

\* Artículo recibido Abril de 2011, aprobado mayo de 2011. Artículo de revisión.

 Docente-investigador de tiempo completo, coordinador de investigación del Programa de Psicología y Colaborador de la Unidad de Investigaciones de la Corporación Universitaria Empresarial Alexander von Humboldt. Doctor en Filosofía por la Universitat de València (España). Correo electrónico: vraga@cue.edu.co.

## 1. Sobre la autonomía de la historia: koselleck y su genealogía

La historia, desde su profesionalización y reconstitución como disciplina autónoma en el s. XIX, habría retomado un objetivo equiparable al de otras ciencias, como por ejemplo la física, de alcanzar a formular regularidades o coberturas legales amplias. Y además, compartiendo con estas la confianza en el logro de un conocimiento objetivo, fruto del rigor metodológico en la investigación. Sin embargo, al mismo tiempo, ya desde fines de ese mismo siglo, con la llamada “crisis del historicismo”, y posteriormente hasta nuestros días, la pretensión de constituirse en disciplina autónoma teniendo acceso a algún tipo de conocimiento objetivo de las realidades pasadas, ha sido puesta en duda una y otra vez.<sup>11</sup>

Una de las defensas más relevantes del carácter científico autónomo de la historia en los últimos tiempos sería quizá la de la “historia conceptual”,

1 Decimos reconstitución y hacemos hincapié en el hecho de que el siglo XIX habría conocido una renovación, un retomar, el interés por la historia como ciencia para distanciarnos de la difundida pretensión de los historiadores alemanes decimonónicos de haber fundado la historia científica ya que esta, como puede verse en, por ejemplo, Kelley, Donald R., (1970), *Foundations of Modern Historical Scholarship: Language, Law and History in the French Renaissance*, New York, Columbia U. P., tendría unos orígenes mucho más antiguos y difusos.

con Reinhart Koselleck y su postrer propuesta de una “Histórica”- o concepción de la historia en clave de una antropología trascendental de corte kantiano- como principal representante de las mismas. ¿DE CUÁLES? Para este, aun admitiendo que las historias se forman con elementos generados de un modo perspectivista, a través de una pluralidad de puntos de vista y una selección cuidadosa de aquello que ha de contar como materiales para la historia o elementos de la narración, esto no sería, de un modo necesario, lo mismo que defender un relativismo radical o un subjetivismo desatado. Y así, aun cuando se requiriera una elaboración teórica previa, una selección, distinción e interpretación de las fuentes de la investigación histórica, para Koselleck la fidelidad de la representación y las evidencias que suministran, establecerían la posibilidad de la historia narrada; de la reproducción de lo que sucedió de hecho.

El objetivo de nuestro artículo es, pues, contribuir a la difícil cuestión del estatuto de la “ciencia” histórica y para ello realizaremos unas breves genealogías de las “historia conceptual” e “historia narrativa”, tratando de desvelar la explícita huella nietzscheana en las reflexiones de Koselleck y de sus detractores, así como en los supuestos padres de estas corrientes de la filosofía de la historia, Heidegger y Gadamer, siendo este último quien ejercería a modo de punto de fuga de ambas concepciones –la científica y la narrativa-.

La referencia al Nietzsche de los escritos de juventud nos permitirá adentrarnos un tanto en algunas de las nociones centrales del pensamiento de Koselleck, como su noción de concepto, la relación de la historia con el lenguaje o su propuesta antropológica trascendental.

Sin embargo, y retomando el inicio de nuestra introducción, tal filiación nietzscheana de la tradición que, en última instancia, recoge Koselleck, sería un arma de doble filo, ya que, como han hecho notar algunos de los críticos del autor alemán y de las pretensiones de cientificidad de la historia en general; entre ellos Hayden White, las características de la crítica de Nietzsche al historicismo podrían iluminar asimismo algunas de las limitaciones más importantes de la historia entendida como disciplina autónoma, propuesta koselleckiana y, por ende, la última y más cuidadosa defensa de la historia como ciencia.

## 2. El nietzscheanismo de Koselleck: una defensa de la historia

Dos de los antecedentes más claros de la historia conceptual, explícitamente citados, pensados y discutidos por Reinhart Koselleck, serían, como se ha dicho, Heidegger y Gadamer. En el primero, el problema de la historia como ciencia y su relación con el tiempo y la existencia humana sería fundamental, como lo evidencia su

clase de habilitación en Friburgo: “El concepto de tiempo en la ciencia histórica” y, especialmente, su *Ser y tiempo*.

Si en el primer texto Heidegger trataba de legitimar la historia, en el clásico debate entre ciencias del espíritu y ciencias de la naturaleza, teniendo en cuenta la peculiar temporalidad de su objeto de investigación -los seres humanos-, es en el segundo donde se entrelazarían con una referencia directa a Nietzsche que explica la segunda intempestiva, la Historia como ciencia y la existencia humana, el *Dasein*. Y es que, tal como explica en § 73 de *Ser y Tiempo*, para el hermeneuta alemán tanto la historicidad como la posibilidad de la historia como ciencia estarían ubicadas en las estructuras existenciales del *Dasein*, y esa sería la cuestión que le llevaría a referirse a Nietzsche.<sup>2</sup>

La posibilidad de la historia como ciencia se debería, pues, a que el *Dasein* sería ya por sí mismo un ser histórico, esto es, que la historicidad le pertenecería como uno de sus existenciales básicos, el origen de la historia como ciencia sería existencial y esto es lo que Heidegger tomaría de Nietzsche.<sup>3</sup> Como ya indica el título del texto de la segunda intempestiva, *De la utilidad y los inconvenientes de la historia para la vida*, la articula-

2 Heidegger, Martin, (2003), *Ser y tiempo*, Madrid, Trotta, pp. 394-398.

3 Heidegger, Martin, (1971), *El ser y el tiempo*, México, FCE, p. 423.

ción entre la existencia humana y la historia como ciencia sería uno de los puntos centrales de esta obra del autor germano, y es que, que la historia pueda ser útil o inconveniente para la vida, ya supone una estrecha relación entre ambas de la que Heidegger tomaría buena nota.

Para este, cuando Nietzsche habla de tres maneras de hacer historia: la monumental, la anticuaría y la crítica, estaría mostrando cómo las tres remiten a la estructura de la historicidad del *Dasein*, a lo que Heidegger llama la “historiografía propia”. En realidad, siempre según Heidegger, cada una de esas formas se referirían a uno de los éxtasis del tiempo: la historia monumental al futuro que habría que forjar, la anticuaría al pasado que habría que conservar y la crítica al presente que habría que poner en cuestión, y todas se unificarían en la propia existencia humana.<sup>4</sup>

Ciertamente es mucho lo que Heidegger dice yendo más allá de Nietzsche, rescatando lo no dicho, pero la influencia del escritor de las intempestivas, en estas cuestiones propias de la filosofía de la historia es evidente, y como antecedente de la antropología que subyace a la histórica koselleckiana, como lo es en el caso de Gadamer, tal como puede verse en su *Verdad y método*, así como en un artículo previo, “Mito y

razón” -de 1954-, en el que se refiere por primera vez a la segunda intempestiva en relación con la historia conceptual.

En este texto, Gadamer nos recuerda que en la historia de la valoración del mito, Nietzsche ocupa un lugar central, no solo por su reivindicación en *El nacimiento de la tragedia*, sino también por su reflexión en la segunda intempestiva donde “vio en el mito la condición de cualquier cultura. Una cultura solo podría florecer en un horizonte rodeado de mito. La enfermedad del presente, la enfermedad histórica, consistiría justamente en destruir ese horizonte cerrado por un exceso de historia, esto es, por haberse acostumbrado el pensamiento a tablas de valor siempre cambiantes”.<sup>5</sup> El mito se opone aquí a la historia, pues pretende una fijación de un horizonte vital y valorativo, ofreciendo un marco de referencia que suponga una ventaja para la vida. Partiendo de este punto de vista nietzscheano, inicia Gadamer “un análisis de los conceptos “mito” y “razón” que, como cualquier verdadero análisis conceptual, es una historia de conceptos y un hacerse cargo de la historia”.<sup>6</sup> En una fecha tan temprana como 1954, Gadamer inicia ya el proyecto de la historia conceptual, tarea retomada tanto en *Verdad y método* como en otros textos posteriores: aquí lo des-

4 Heidegger, Martin, (1971), *El ser y el tiempo*, México, FCE, pp. 427-428.

5 Gadamer, Hans-George, (1997), *Mito y razón*, Barcelona, Paidós, p. 16.

6 Gadamer, Hans-George, (1997), *Mito y razón*, Barcelona, Paidós, p. 17.

tacable es que la historia conceptual tenga que hacerse cargo de conceptos como mito y razón, en los que está en juego el propio proceso de secularización, y que Nietzsche aparezca con su segunda intempestiva como un punto de vista a superar, como se percibe en *Verdad y método*.

Sin embargo, la referencia a Nietzsche más importante, para la cuestión que nos ocupa, vendría dada en *Verdad y método*, concretamente en el capítulo titulado “El principio de la historia efectual”, en el apartado sobre el concepto de horizonte. Allí, esta historia gadameriana se haría consciente primero mediante una autoconciencia de la “situación hermenéutica”, del lugar desde el que el sujeto de la comprensión abarcaría aquello que trata de conceptualizar. Luego, en un segundo momento, Gadamer añadiría que al concepto de situación le pertenecería el de horizonte: “Horizonte es el ámbito de visión que abarca y encierra todo lo que es visible desde un determinado punto”.<sup>7</sup> Y a continuación, comentaría el discípulo de Heidegger que tanto Nietzsche como Husserl habrían sido los filósofos que más contribuyeron a la utilización filosófica de este concepto, insistiendo en la relación condicionante y condicionada entre el pensamiento y la finitud vital en relación con la tradición. “La elaboración de la situación hermenéutica significa entonces la obtención del horizonte correcto para las cues-

tionones que se nos plantean cara a la tradición”.<sup>8</sup>

Seguiría posteriormente Gadamer, una vez definido el concepto de horizonte, con una crítica a la crítica nietzscheana al historicismo que a nosotros no nos atañe, pero que nos conduciría, con su reivindicación de una historia conceptual de horizonte abierto hasta el autor del que Heidegger y Gadamer son precedentes en esta disciplina, Koselleck, cuya marca del texto nietzscheano rastrearíamos ahora.

Y es que la presencia de Nietzsche en las reflexiones teóricas de Koselleck se puede advertir tanto de modo explícito, cuando el segundo cita al primero, como de manera implícita, silenciosa, asumiendo las consideraciones nietzscheanas como supuesto fundamental para teorizar sobre la historia. Y así, ya desde su artículo sobre la voz “Historia”, por ejemplo, en el diccionario de *Conceptos históricos fundamentales*, Koselleck alude a Nietzsche y su segunda intempestiva. Este es un análisis de la ambigüedad del concepto de “historia” como *Geschichte* y como *Historie*, pues la primera palabra tenía tanto el sentido de historia acontecida como de historia narrada, mientras que la segunda se refería más bien al segundo sentido. La aparición de Nietzsche, en cuyo texto la distinción entre historia acontecida e historia

7 Gadamer, Hans-George, (1977), *Verdad y método*, vol. I, Salamanca, Sígueme, p. 372.

8 Gadamer, Hans-George, (1977), *Verdad y método*, vol. I, Salamanca, Sígueme, p. 373.

contada o forma de contar la historia es crucial, se debe a su crítica de la *Historie* y las tres formas que presenta (y que ya hemos enumerado al referirnos a Heidegger: anticuaria, monumental y crítica). Koselleck menciona que Nietzsche combina “criterios internos al trabajo científico y su funcionamiento hacia el exterior”<sup>9</sup> para mostrar las dificultades que la historia narrada suponía para una vida saludable, y proponiendo tanto lo ahistórico como lo suprahistórico como posibles salidas.

Sin embargo, sería en *Futuro pasado*, concretamente en sus artículos sobre las relaciones entre historia social e historia conceptual y sobre las categorías de expectativa y experiencia, donde la presencia de Nietzsche nos parece mucho más sutil e interesante. En primer lugar, la vinculación entre historia y lenguaje, la inserción histórica del lenguaje, su labilidad, su multivocidad, y a la vez su repercusión sobre la historia acontecida, sobre la facticidad histórica, abre un mundo de reflexión en el que Nietzsche ocupa un lugar privilegiado. En segunda instancia, la historia conceptual abre las puertas a una consideración sobre las condiciones de posibilidad de las historias, tema kantiano, que Koselleck reformula en términos de una Histórica o incluso de una antropología trascendental, y que en Nietzsche toma la forma de una

antropología crítica del presente, lo cual da pie a una posible comparación de los presupuestos antropológicos que subyacen a ambas teorías, teorías que coinciden en una crítica del proceso de la modernidad. En tercer lugar, esta crítica de la modernidad podemos esbozarla de manera sucinta; ambos autores criticarían la moralización de la historia, su conversión en un proceso de mejora moral y social, como si hubiera un ideal de justicia tras la historia acontecida.

Si nos centramos en el artículo sobre “Historia conceptual e historia social”, Koselleck hace mención expresa de una tesis nietzscheana justo cuando está distinguiendo entre palabra y concepto: el concepto sería más que una palabra porque se le ha adherido “un contexto de experiencia y significado sociopolítico [...]. Los conceptos son, pues, concentrados de muchos contenidos significativos”.<sup>10</sup> Esta distinción, es heredera de la propuesta de Gadamer en su artículo sobre “La historia del concepto como filosofía”,<sup>11</sup> pero también podríamos rastrear la raíz nietzscheana de esta distinción entre palabra y concepto en *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*, aunque ahora cabría centrarse en la referencia directa que hace Koselleck a Nietzsche; tras aseverar que un concepto puede ser

9 Koselleck, Reinhart, (2004), *historia/Historia*, Madrid, Trotta, p. 150.

10 Koselleck, Reinhart, (1993), *Futuro pasado*, Barcelona, Paidós, p. 117.

11 Gadamer, Hans-George, (1992), *Verdad y método*, vol. II, Salamanca, Sígueme, pp. 81-93.

claro, pero necesariamente polívoco, Koselleck cita una frase de Nietzsche de la que no da referencia: “*Todos los conceptos en los que se resume semióticamente un proceso completo se escapan a la definición; sólo es definible aquello que no tiene historia* (Nietzsche)”.<sup>12</sup> Los conceptos son polívocos, y por ello equívocos, indefinibles, puesto que resumen una historia que les queda adherida y que incorporan a su bagaje semiótico. Así pues, en la distinción entre palabra y concepto, la definición de concepto de Koselleck, es de derivación nietzscheana. Ahora bien, si descubrimos que esa frase de Koselleck pertenece a un ejercicio nietzscheano de “historia conceptual” genealógica, la relación se enriquece: el texto citado pertenece al § 13 del segundo tratado de *La genealogía de la moral*, apartado en el que Nietzsche emprende una investigación sobre el concepto de pena, del que ofrece un catálogo ingente de significaciones.

Así pues, tenemos aquí un precedente clave en la historia conceptual y reconocido por el propio Koselleck, un precedente que se remonta al procedimiento genealógico al menos en lo que se refiere a la caracterización de la naturaleza de los conceptos. Aunque ello no es óbice para indicar la originalidad de ciertos aspectos en la definición de los conceptos en Koselleck, como es el caso al caracterizarlos como factores e índices de una

situación y como nudos en los que se coligan las tres formas del tiempo: el pasado como experiencia, la expectativa en el futuro y el uso sociopolítico en el presente.

Pero la relación de Koselleck con Nietzsche es un poco más compleja y lleva de nuevo a los antecedentes koselleckianos de la historia conceptual, o sea, Heidegger y Gadamer, por ello quisiéramos desarrollarla un tanto, a modo de conclusión de esta sección, retomando algunas de las cuestiones comentadas más arriba. Y así, volviendo sobre la señalada relación entre Nietzsche y Heidegger, trataremos brevemente la cuestión de la historia conceptual como disciplina sobre la condición de posibilidad de las historias, como Histórica, que diría Koselleck, esto es: como una especie de antropología trascendental y luego, retomando los lazos del solitario de Sils-Maria con Gadamer, esbozaremos tanto la cuestión de la distancia entre lenguaje e historia efectiva, que en Koselleck se concretaría en la conocida disputa entre historia y hermenéutica, como el papel de la *historia magistra vitae*, su función formativa, relacionada con un proyecto vital individual y sociopolítico compartido.

Son diversos los textos en los que Koselleck se refiere a su proyecto de una teoría científica de la historia, una Histórica, una disciplina que muestre las condiciones de posibilidad de las historias, de las diversas formas de hacer y escribir la historia, una fundamentación sólida que vaya más allá del programa hermenéu-

12 Koselleck, Reinhart, (1993), *Futuro pasado*, Barcelona, Paidós, p. 335.

tico de hacer de la historia un caso hermenéutico. Esta fundamentación alternativa quiere incidir en que no toda la historia se reduce al lenguaje, sino que en ella se incorporan categorías que, aunque se hayan de expresar lingüísticamente, apuntan a las condiciones que hacen posible conformar un discurso lingüístico digno de ser calificado como Historia. Por ello, la historia de los conceptos, el análisis de sus vectores temporales internos, tanto hacia el pasado, como su orientación al futuro en tanto que instrumento de acción política y social en el presente, es un paso previo, una propedéutica que permite poner de manifiesto un par de categorías, de metaconceptos, como lo son la experiencia y la expectativa que se incluyen en todo concepto. Ambas, de acuerdo con la inspiración cuasi kantiana del proyecto de Koselleck, se identificarían con las formas puras de la intuición, el espacio y el tiempo.<sup>13</sup>

No obstante, Koselleck extrae una derivación que va más allá del nivel conceptual, del nivel de la estructura de los conceptos: se trata de una consecuencia antropológica.

“Por lo tanto, nuestras dos categorías indican la condición humana universal; si así se quiere remiten a un dato antropológico previo, sin el cual la historia no es ni posible, ni siquiera concebible”.<sup>14</sup>

Aquí se encuentra la caracterización de la Histórica como una especie de antropología trascendental, en la medida que es condición de posibilidad de las historias. Ahora bien, a ese par categorial central de espacio de experiencia y horizonte de expectativa se le han de añadir otra serie de características que condimentan la propuesta koselleckiana de su Histórica. En su conferencia “Histórica y hermenéutica”, en la que polemiza con el proyecto gadameriano de subsumir la historia en el programa hermenéutico, Koselleck expone una serie de pares categoriales “para tematizar algo así como la estructura fundamental temporal de posibles historias”.<sup>15</sup> Estos pares (inspirados en Heidegger y C. Schmitt) son los siguientes: tener que morir, poder matar; amigo, enemigo; interno, exterior; antes, ahora (diferencia generacional); y finalmente amo, esclavo. Según Koselleck, Heidegger remitiría todos estos factores categoriales a la existencia humana, condensándolos en la historicidad, mientras que él pretende ir más allá y dar cuenta de cómo es posible crear historias a partir de ellos.<sup>16</sup> En otros textos, como en su entrevista con Carsten Dutt, Koselleck no desdeña estos pares categoriales (allí habla de antes-después, fuera-dentro y arriba-abajo) ni las implicaciones antropológicas de su Histórica, implicaciones

---

*pasado*, Barcelona, Paidós, p. 336.

15 Koselleck, Reinhart, (1997), *Historia y hermenéutica*, Barcelona, Paidós, p. 73.

16 Koselleck, Reinhart, (1997), *Historia y hermenéutica*, Barcelona, Paidós, p. 85.

13 Ibid.

14 Koselleck, Reinhart, (1993), *Futuro*

que Koselleck no quiere extender a la postulación de una racionalidad en la historia, pues según él esto puede descargar la responsabilidad presente de los agentes de la historia.

Tengamos en cuenta que Koselleck admite que está radicalizando, o retomando para conducirla a una estrategia kantiana de condiciones de posibilidad, la “analítica de la existencia humana”, el análisis del *Dasein*, emprendido por Heidegger en *Ser y tiempo*, lo cual abunda en la idea de un acercamiento antropológico de su Histórica.

De hecho, una de las tareas de esta disciplina sería la capacidad de predecir, de marcar los horizontes de expectativa, partiendo de un análisis de estas categorías y de la estructura experiencia-expectativa inmanente a los conceptos históricos. La teoría de los estratos del tiempo vendría a tratar de responder este interrogante: “¿Qué se repite de hecho para posibilitar la singularidad? ¿Cuántas fuerzas de repetición se necesitarían [...] para poder ser innovadores?”.<sup>17</sup> Koselleck apunta a ciertas características biológicas como la pérdida de capacidad de sorpresa que deviene en los viejos, y no así en los jóvenes,<sup>18</sup> pero de mayor interés es la siguiente reflexión sobre los tres estratos, el

de corta, el de media y el de larga duración, que en última instancia es el que permite la repetición de acontecimientos:

“En tercer lugar, hay un plano de duración, por así decirlo, metahistórica, que no por eso es atemporal. Se pueden ubicar hipotéticamente en este plano aquellas *constantes antropológicas que se sustraen más que todos los otros factores a la presión de la transformación histórica*. De este ámbito procede un sinnúmero de proposiciones empíricas que por principio son susceptibles de repetición y aplicables siempre y una y otra vez” (las cursivas son nuestras).<sup>19</sup>

Los pares categoriales de la antropología o Histórica de Koselleck subyacen tanto a la repetición del acontecimiento como al conocimiento de este. La fundamentación antropológico-biológica es la condición de posibilidad de las historias y de su posible conocimiento y pronóstico: “Las condiciones de posibilidad de la historia real son, a la vez, las de su conocimiento”<sup>20</sup> o también cuando se dice que “el curso de la historia descansa sobre el hecho de que las experiencias que una vez se hicieron son potencialmente repetibles, no sólo por su reelaboración metodoló-

17 Dutt, Carsten, (2003), “Historia(s) e Histórica. Reinhart Koselleck en conversación con Carsten Dutt”, en *Isegoría*, 29, pp. 211-224.

18 Koselleck, Reinhart, (2001), *Los estratos del tiempo*, Barcelona, Paidós, p. 81.

19 Koselleck, Reinhart, (2003), *Aceleración, prognosis y secularización*, Valencia, Pre-Textos, p. 92.

20 Koselleck, Reinhart, (1993), *Futuro pasado*, Barcelona, Paidós, p. 336.

gica, sino porque los mismos modos de experiencia se repiten estructuralmente —de otro modo la historia sería inconcebible—. <sup>21</sup> Así pues, tenemos un antropología filosófica en el fondo de la historia conceptual, una antropología que, además del par categorial de experiencia y expectativa y el listado de pares antitéticos, se basa en esta asimetría radical entre lenguaje e historia.

Y, en definitiva, a lo que remite, o con lo que discute, esta raíz heideggeriana de la Histórica de Koselleck sería, no lo olvidemos, la antropología implícita existente en el fondo de la teoría nietzscheana de la historia. Con aquella antropología que apunta en el comienzo de la segunda intempestiva y su paradójica fábula en la que un animal no puede hablar, porque olvida, mientras que otro se encuentra atrapado en la dialéctica entre recuerdo y olvido. Koselleck parece olvidar el olvido mismo, y con él la capacidad del recuerdo selectivo, como uno de los rasgos básicos de la antropología histórica; sin embargo, el autor alemán está cercano a esta intuición al tratar el tema de la capacidad de sorpresa. <sup>22</sup> ¿No puede ser el olvido uno de los motivos de la repetición en la historia? ¿No lo es también de la necesidad de narrar la historia?

21 Koselleck, Reinhart, (2001), *Los estratos del tiempo*, Barcelona, Paidós, p. 81.

22 Koselleck, Reinhart, (2001), *Los estratos del tiempo*, Barcelona, Paidós, pp. 41-42.

Pero esta no es la única ocasión en que podemos señalar una compleja relación genealógica entre la historia conceptual y las tesis nietzscheanas, sino que, como venimos indicando, la cuestión de la distancia entre historia y lenguaje, que sirve a Koselleck para desmarcarse de los intentos gadamerianos de reducir esta a un subcaso de la hermenéutica, también sería un supuesto antropológico básico de su teoría de la Historia y, por ende, un punto nodal de las relaciones más o menos explícitas con el pensador decimonónico.

Lo que queremos señalar es la consecuencia primera de esta discordancia entre la historia acontecida y el lenguaje que ha de dar cuenta de ella: la problematización del sentido de la historia acontecida. La discordancia entre lenguaje e historia lo es, a su vez, entre la razón y la historia, lo que conduce en última instancia a plantearse el problema del sentido o sinsentido de la historia que ha acontecido: éste es el tema de su artículo “Vom Sinn und Unsinn der Geschichte”.

En dicho artículo es explícita esta “paradoja irresoluble” entre la historia acontecida y la interpretada, pues la racionalización de la primera solo puede darse después de acontecida: es lo que llama la *logificatio post festum*, sentencia que recoge el espíritu de la lechuza hegeliana, que solo emprendía el vuelo al atardecer. La primera tesis que extrae Koselleck en este texto es que la historia como todo permanece irracional, pues “racional

a lo sumo lo es su análisis”.<sup>23</sup> Lo propio de la historia acontecida no es que tenga un sentido o un sinsentido, sino que lo que la caracteriza es la carencia o falta de sentido (*Sinnlosigkeit*).

Así pues, Koselleck está criticando la donación de sentido, la translación de sentido que se da partiendo de la interpretación para conferirlo a los hechos, de modo que el sentido que se encontraría en los acontecimientos no sería más que el que hemos puesto en ellos. En este contexto es donde emerge Nietzsche y su segunda intempestiva: él habría sido el primero en presentar una severa crítica de esta actitud, pese a que no quedaría libre de ciertas dificultades inherentes a su propia crítica. Para ello Nietzsche recupera el concepto clásico de *Historie* como “ciencia de la Historia”, y la convierte no ya en *magistra*, sino en *ancilla vitae*, comenta Koselleck. Según este, el autor de las intempestivas habría tenido como objetivo cuatro axiomas básicos del concepto moderno de historia: la teleología, la necesidad, la justicia y las metáforas de las edades (como la mayoría de edad de la humanidad), cuya crítica no vamos a exponer aquí pero que nos servirán para abrir el último punto de nuestro análisis de las relaciones entre ambos autores.

Y es que, como hemos dicho, Koselleck detecta algunas dificultades en el texto nietzscheano. Quizá la prin-

cipal sea que el desplazamiento de la historia a ser sierva o doncella de la vida, y ya no su maestra, lo que hace es trasladar a su vez el problema del sentido de la historia al del sentido de la vida, pues este concepto también evoca preguntas por fines (*Zweckfragen*) y con ellas preguntas por el sentido (*Sinnfragen*). La paradoja del sentido sigue siendo irrebasable desde coordenadas nietzscheanas: “La necesidad de sentido no es ninguna garantía de que lo que ocurra con y por nosotros tenga pleno sentido”.<sup>24</sup>

En esta medida el problema del sentido queda abierto en la antropología nietzscheana, un punto que Koselleck compartiría hasta cierto punto, como da a entender la última frase de su artículo: “La historia no es ni un tribunal ni una coartada”.<sup>25</sup> La responsabilidad siempre queda, y ha de quedar, en manos de los agentes humanos que participan y que interpretan la historia.<sup>26</sup> Esto abre el interrogante con el que queremos plantear el siguiente párrafo: ¿tiene la historia como ciencia alguna capacidad formativa? ¿Es la *ancilla*, también una *pedagoga*?

23 Koselleck, Reinhart, (1997), “*Vom Sinn und Unsinn der Geschichte*”, en **Merkur**, 577, pp. 319-334.

24 Koselleck, Reinhart, (1997), “*Vom Sinn und Unsinn der Geschichte*”, en **Merkur**, 577, p. 332.

25 Koselleck, Reinhart, (1997), “*Vom Sinn und Unsinn der Geschichte*”, en **Merkur**, 577, p. 334.

26 Dutt, Carsten, (2003), “Historia(s) e Histórica. Reinhart Koselleck en conversación con Carsten Dutt”, en **Isegoría**, 29, p. 216.

Pues bien, el caso es que Nietzsche pone la historia al servicio de la vida precisamente porque detecta los peligros de la magistratura histórica, de la formación histórica (*historische bildung*) que se está llevando a cabo en su momento histórico. El problema, pues, se desplaza al campo de la formación y de la educación, de una filosofía crítica con el modo de educar basado en una determinada forma de hacer e interpretar la historia. La responsabilidad sociopolítica, escolar, de la historia se pone de relieve en el análisis nietzscheano a un nivel en principio más modesto que la voluntad de predicción del proyecto histórico de Koselleck.

No obstante, no hemos de obviar que en ambos autores la situación de la historia es tomada como índice y a la vez instrumento de crítica de la Modernidad. Nietzsche, el médico de la cultura, propone un nuevo modo de hacer historia para poder diagnosticar los problemas de la modernidad; en el caso de Koselleck, la metáfora médica no está ausente pues su tesis doctoral se refería a la patogénesis de la modernidad. Ahora bien, el joven Nietzsche planteaba la crítica con la intención de poner en apuros todo el sistema cultural y formativo alemán desde las coordenadas intempestivas que le facilitaban sus modelos griegos. La propuesta de Koselleck para superar las aporías de la modernidad, la radical separación entre experiencia y expectativa, entre pasado y futuro, es la capacidad de predicción del futuro, no partiendo de un modelo antropológico trágico, sino forjando

uno nuevo, una antropología trascendental o Histórica, “una ciencia del pronóstico que mida los márgenes de posibilidad de los acontecimientos”.<sup>27</sup>

La pretensión de Koselleck es, pues, recuperar la capacidad magistral de la historia, su facultad de ofrecer patrones de conducta para el futuro basándose en el pasado, lo cual supone unas estructuras de repetición que fundamentan tales patrones de conducta. Esto se habría venido abajo con la dislocación entre el enorme horizonte de expectativas abierto en la modernidad, un horizonte que rebasaría todas las posibles acumulaciones de experiencia pasada.

Sin embargo, el interrogante con el que abrimos nuestro artículo, lejos de cerrarse con esta exposición detallada de algunas de las ideas centrales de la historia conceptual y su relación genealógica, de origen, con algunas de las tesis de filosofía de la historia de Nietzsche, permanece abierto, poniendo en cuestión la defensa que de la historia como ciencia hace Koselleck. Y es que en este caso, en el peligro quizá no esté la salvación, dado que, como ya hemos venido adelantando, las tesis nietzscheanas que sirven de base y de objeto de discusión a la disciplina koselleckiana quizá podrían dinamitar desde dentro sus propias pretensiones de legitimación científica de la Histórica, tal como habrían señalado ya algunos de los herederos de la reflexión filosó-

---

<sup>27</sup> Ibid.

fica que sobre la disciplina histórica mantiene Friedrich Nietzsche como, por ejemplo, Hayden White.

### 3. White y la herencia retórica de nietzsche: el nacimiento de las historias

Tradicionalmente los historiadores, según White,<sup>28</sup> han tratado de ubicar su disciplina, la historia, en un lugar intermedio, y epistemológicamente neutro, entre la ciencia y el arte. Arguyendo a tal efecto no ser del todo una ciencia, o no serlo pura, formalizada; ya que haría tanto uso de métodos intuitivos, como de expedientes analíticos. Ni ser o prestarse, asimismo, al tipo de manipulación libre de los datos a los que se brinda el arte; dotada pues de un cierto rigor metodológico y de criterios de investigación sometidos a un control racional. Con ello habrían tratado de evitar las duras críticas que, desde ambos campos habrían venido recibiendo y que habrían ido cuestionando su legitimidad.

El curso del tiempo, sin embargo, habría ido estrechando ese espacio en el que la Historia pretendía ejercer de mediadora. Es más, precisamente el encallamiento en el paradigma decimonónico anterior, por lo que hace a la concepción de ciencia y arte sería lo que caracterizaría a una deficitaria

historia, ciega y sorda a los avances de ciencia y arte; atrincherada todavía en un cierto realismo ingenuo, que entendería la verdad científica en términos de correspondencia y los objetos del campo de investigación como dados y conocidos directamente. El siglo XIX habría acentuado esa creencia en el relato histórico como una narración verídica, objetiva y alejada de las luchas e intereses de los partidos ideológicos.

En el período comprendido entre 1821 y 1868 diversos historiadores habrían alumbrado obras que aun hoy serían modelos de aquello en que consiste una “historia”: contar lo sucedido sin preformación ideológica, ni intereses espurios del historiador. Es por eso que White dedica su obra más importante *Metahistoria* al análisis de los más relevantes historiadores y filósofos de la historia de ese siglo, esto para cumplir con sus propósitos. Su intención: mostrar cómo, especialmente en el caso de los historiadores, éstos no se daban cuenta de que el sentido de aquello que se contaba en la narración historiográfica estaba determinado por la elección de alguno de los diversos modos posibles de tramar la historia, y cómo tal elección los comprometía con una dimensión metahistórica, o propia del punto de vista de la filosofía de la Historia.

El interés de White sería primordialmente retórico: dar cuenta del arte de la apropiación del mundo a través del

28 White, Hayden, (1978), *Tropics of discourse*, Baltimore, London, The Johns Hopkins U. P., pp. 27-28.

lenguaje.<sup>29</sup> Es por ello que se centraría en la interpretación de los textos de los historiadores en tanto que textos y trataría de desvelar su verdadera dimensión como donadores o imposidores de sentido sobre los fragmentos mudos de la experiencia pasada (con lo que, en tanto que atento a la constitución lingüística de la experiencia humana, se acercaría a una noción de corte hermenéutico de la disciplina histórica).

Para White, de entrada debe quedar claro que existe una diferencia de contenido entre los relatos ficticios y los realistas, históricos. La investigación y el archivo histórico versarían sobre hechos que han sucedido en el pasado. Ahora bien, si verdad y falsedad regirían en este ámbito, no sucedería lo mismo en el campo de la historiografía, que no se diferenciaría en sus mecanismos retóricos del relato imaginario. Las diversas narraciones que compiten entre sí por la preeminencia, y que suponen muy diversas elecciones, entre ellas algunas de corte ideológico, no podrían recurrir al valor de verdad para elucidar sus disputas (con lo que quedaría emborronada la distinción primera). Y es aquí donde el autor americano formularía lo más característico de su propuesta, su metahistoria (con el núcleo central de la tropología). Esta consistiría en la teoría sistemática de los mecanismos poéticos que

determinan la producción de relatos históricos.<sup>30</sup>

Sobre el campo fáctico de la experiencia histórica, que el discurso historiográfico representaría, se impondrían una serie de operaciones discursivas de selección, exclusión e inclusión, regidas por uno de los cuatro tropos o figuras que propone White.<sup>31</sup> Éstos, operando en un nivel preconceptual y estético, determinarían los contenidos conceptuales y explícitos sobre los que se impondrían. Y cada historiador manejaría quizá unas posibilidades de prefiguración distintas, con las que configuraría su campo histórico, previamente a la elaboración de su relato historiográfico, lo que daría cuenta de la evidencia, escandalosa para cierto tipo de concepción de la Historia, de la existencia de relatos históricos rivales sobre un mismo campo de hechos. De hecho, White defendería, de entrada, una cierta relatividad del juicio por lo que respecta a la cuestión de cuál sería la representación tropológicamente más adecuada de la “realidad”. En tanto que irreducibles entre sí, y ubicados al mismo rasero, ningún modo discursivo sería, en primera instancia, más adecuado

29 Koselleck, Reinhart, (2002), *The Practice of conceptual History*, Stanford, Stanford U. P., p. 39.

30 White, Hayden, (2003), *El texto histórico como artefacto literario*, Barcelona, Paidós, pp. 9-10.

31 Aunque, ni su número, ni su estatuto o justificación es teóricamente clara (cabe aventurar que serían similares en su constitución y funciones a los pares conceptuales que conforman el “listado categorial” koselleckiano).

que otro para prefigurar un campo de la semántica histórica.<sup>32</sup>

Toda información del pasado estaría, pues, mediada por el modo del lenguaje en que el historiador encuadrará su descripción del retablo histórico. El lenguaje o figura elegido limitaría no solo lo que no puede decirse, como las fuentes de Koselleck (que tenían una conexión irrenunciable con los hechos de la experiencia), sino también lo que puede ser dicho. El discurso sería como el fundamento sobre el que decidir qué contaría como hecho, y determinar qué modo de comprensión sería el más adecuado para esos hechos.<sup>33</sup>

32 El propio White aventura un ejemplo académicamente arriesgado al postular la pertinencia, e incluso, problemáticamente, la superioridad, de una narración de, por ejemplo, el genocidio del pueblo judío por parte del nazismo alemán, tal como aparece en un cómic, que además resultó galardonado con el premio Pulitzer (y lo cierto es que los comentarios metanarrativos del protagonista y narrador, alter ego del autor del cómic, en torno a la distorsión de la realidad en la narración, o los intereses y presiones diversas que le rodean, e incluso al estatuto del testigo -un padre, superviviente judío que haría cierta la afirmación de Primo Levi relativa al azar o escasas prendas morales de los salvados, por comparación a los hundidos en el universo concentracionario-, resultan altamente esclarecedores, cercanos en sus virtualidades a los rasgos que ambos autores destacan en los clásicos [SPIEGELMAN, Art. (2001). *Maus*, Barcelona, Planeta]).

33 White, Hayden, (2003), *El texto histórico como artefacto literario*, Barcelona, Paidós, pp. 64-70.

El proceso discursivo de mediación, prefiguración del campo histórico, o comprensión, correría a cargo de los cuatro tropos, rescatados de la teoría retórica posrenacentista y enumerados por White: metáfora, metonimia, síncdoque e ironía. Y estos, como ya apuntamos, podrían leerse al trasluz del análisis trascendental kantiano en, al menos, dos sentidos: por un lado, tropos y categorías, o mejor, sujeto trascendental y punto de vista individuado por el tropo correspondiente, capacitarían para la organización del mundo; por otro, si entendemos la labor tropologizadora, como hará White, vinculando su propuesta a algunos aspectos del psicoanálisis freudiano, como el esfuerzo por familiarizar lo no familiar de la experiencia (mediante la imposición de tipos o géneros de relatos pertenecientes al acervo cultural de un pueblo y comunidad lectora), cabría asimilar su intento con la transformación de la realidad nouménica en fenoménica, adaptada a la estructura del yo trascendental que así se lo apropia.<sup>34</sup>

Esa prefiguración del campo histórico, previa a la aplicación a los datos históricos del aparato conceptual que permita representarlos y explicarlos, mediante la tropología es lo que estu-

34 Para un intento de exposición del trascendentalismo kantiano en White, véase la apuesta interpretativa de Kellner, Hans, (1992), "Hayden White and the Kantian Discourse", en SILLS, Chip, Jensen, George H., (Eds.), *The Philosophy of Discourse*, Portsmouth, Heinemann, pp. 246-267.

dió White en los modos de conciencia histórica dominantes en el siglo XIX, mediante la lectura de clásicos de la historia y filosofía de la historia.<sup>35</sup>

El estilo de determinada historiografía es caracterizable en términos del protocolo lingüístico que emplea para prefigurar el campo histórico antes de aplicarle las estrategias “explicativas” que usa para modelar el “relato” a partir de la “crónica” de los hechos contenidos en el registro histórico. Así, el tropo dominante determina lo que cuenta como dato del campo histórico y las posibles relaciones entre ellos.

Anales, crónicas e historia serían para la *doxa* historiográfica moder-

na los tres tipos canónicos de representación histórica, aunque los dos primeros se caracterizarían por el lastre de una imperfecta historicidad.<sup>36</sup> Los anales podrían definirse como listas de acontecimientos ordenados cronológicamente, dotados de trama, pero sin ninguna de las características que atribuimos a los relatos (y donde no hay relato, no habría historia). Las crónicas, más globales y con una organización de sus materiales por temas, presentarían una mayor similitud con las restantes formas de la narrativa histórica, aunque seguirían estructuradas siguiendo el orden cronológico propio de los anales y sería habitual que presentasen un final abrupto, una especie de fracaso del cierre narrativo, que las diferenciaría de las historias. La narración histórica, basada en la selección de datos, ya previamente escogidos y organizados en anales y, sobretodo, crónicas, a partir del registro histórico, de las fuentes, dotaría característicamente a la realidad de su cierre y forma significativa, de la máscara de sentido que la haría deseable, atrapando al lector bajo el hechizo de la verosimilitud, de lo deseable por su carácter o aroma de ideal.<sup>37</sup>

Se trataría, pues, de interpretar, de dar una estructura de trama a los sucesos, dotándolos de un sentido y coherencia

35 Y hay aquí otra cuestión, de la propuesta whiteana, que en algún sentido laxo podría entenderse como equiparable a la dimensión diacrónica del análisis del cambio coyuntural, pero sobre todo estructural, de la propuesta koselleckiana. Me refiero al hecho de que los tropos, tal como propone el autor siguiendo una sugerencia de origen viquiano (esto es, a Giambattista Vico, autor de la *Ciencia nueva*), también podrían sucederse en una secuencia lógica (que rastrea White según un mecanismo semejante al del *corso i ricorso* del napolitano Vico en su *Metahistoria*), abarcando en un todo progresivamente comprensivo, las distintas representaciones de la realidad histórica, lo que devendría en auténtico progreso cognoscitivo, y daría carácter sistemático a su propuesta.

Una objeción clara, sin embargo, sería la que trataría de elucidar hasta qué punto la secuencia de hechos sociopolíticos, con sus conflictos y cambios, sería análoga a los patrones secuenciales intrínsecos a ese desarrollo diacrónico del lenguaje (Koselleck, Reinhart, (2002), *The Practice of conceptual History*, Stanford, Stanford U. P., p. 43).

36 White, Hayden, (1992), *El contenido de la forma*, Barcelona, Paidós, pp. 20-22.

37 White, Hayden, (1992), *El contenido de la forma*, Barcelona, Paidós, p. 35.

que no tenían y que, al mismo tiempo, respondería a un tipo de relato genérico que facilitaría, produciendo efectos explicativos, la comprensión en sus lectores (que comparten con el historiador un patrimonio cultural común, donde las tramas disponibles, en forma de tipos de relatos, se presentan sinópticamente). La narrativización es, pues, una ficcionalización; se forma el relato mediante el discurso figurativo y retórico, y no habría otra posibilidad, o al menos, sería inconcebible desde esta perspectiva una “mítica” literalidad que diera cuenta de los acontecimientos como si el lenguaje fuera un mero medio pasivo y transparente, y los objetos de la historia se autoidentificaran al margen de nuestras capacidades y limitaciones, que no serían entonces condicionantes epistémicos.<sup>38</sup>

Las decisiones últimas y más fundamentales, para el resto del entramado retórico, serían de tipo moral e ideológico, y estas, según White, no serían evaluables, ni podrían juzgarse como conflictos de valor, entre narraciones interpretadas diversamente, para decidir cuál sería la más adecuada, ya que se carecería de la superficie extraideológica, que permitiera

llevar a cabo esas estimaciones de modo concluyente.

Ese es el motivo último, según White, de la crisis del “historicismo”, del pensamiento histórico a fines del XIX: la percepción, progresivamente más clara, de que no había forma de elegir entre diferentes interpretaciones de la historia en conflicto, sobre una base teórica. De hecho, y en esto White apoya ese punto de vista, las bases de tal elección son, y solo pueden ser, estéticomorales.

Dice el protagonista de *Lisbon story*:<sup>39</sup> “ya no hay historias”, pero para ello no sólo vive una historia que el proyector nos brinda en la pantalla, sino que además la cuenta. Sin embargo, es cierto que con el siglo XX asistimos, en virtud de la serie de catástrofes sufridas por la humanidad, los horrores gestionados por el hombre mismo, a una crisis del modelo de representación histórica narrativa. Eso es lo que White engloba mediante el marbete de “el acontecimiento modernista”, aquellos acontecimientos propios solo de nuestra época, inimaginables siquiera en otra, y de los que parece, como diría Marguerite Duras en sus reflexiones sobre el rodaje de un filme en torno a las dificultades del relato en esos casos,<sup>40</sup> que no se puede hablar.

38 Es muy interesante la noción de cronotopía, tomada por White de Bajtin, constituida crucialmente por los diversos tipos de tramas, y que vendría a ser como el dominio socialmente estructurado que definiría el horizonte de acontecimientos posibles White, Hayden, (2003), *El texto histórico como artefacto literario*, Barcelona, Paidós, p. 199.

39 *Lisbon story*, (1994—1995), de Wim Wenders.

40 El filme al que nos referimos es la polémica *Hiroshima, mon amour* (1959) de Alain Resnais, y la afirmación de Marguerite Duras, guionista de la película, vendría

La respuesta whiteana a este *impasse* de la historiografía es simple y conecta con toda su conceptualización anterior: si el relato histórico es siempre una interpretación de acontecimientos de un campo determinado, semejante en sus mecanismos retóricos al relato de ficción, y la novela realista, pareja en su desarrollo al relato historiográfico decimonónico, ¿por qué no seguir la estela de la ruptura en los modos de representación de los actuales relatos de ficción antinarrativos?

Una historia consciente de sus mecanismos retóricos, alcanzado el nivel de la Retórica, debería plantearse tramados alternativos, sensibles a las dificultades, al trauma incluso, de los acontecimientos convencionalmente inenarrables y tan difíciles de asumir por sus protagonistas, pero que sin embargo no han dejado de suscitar documentos narrativos, modernistas también ellos, y con ello abriendo la posibilidad a una historiografía anti-narrativista.

---

a ser la enunciación de un oximoron similar al del film de Wenders, ya que la clave de la obra, a su juicio, residiría en ser una historia sobre la imposibilidad de contar historias en torno a esa catástrofe civilizatoria.